Los equipos de base

Cuatro o cinco alumnos y alumnas que constituyen un equipo difícilmente aprenderán a trabajar en equipo si no tienen la oportunidad continuada de trabajar juntos; difícilmente aprenderán a superar los problemas que surgen cuando se trabaja en equipo –que en esto consiste enseñarles a trabajar en equipo-, si cambian de equipo cada dos por tres…

Con el tiempo, estos equipos de base se van organizando cada vez mejor y se van consolidando como equipos, de modo que deben llegar a ser el primer referente de los componentes de un grupo de clase.

Cuando el centro, y las aulas, es inclusivo, es muy posible que en algún grupo de clase haya algún alumno o alguna alumna con mayores dificultades de aprendizaje y con un grado de autonomía también más bajo. Lógicamente –siguiendo las pautas de la “lógica de la heterogeneidad” que hemos descrito en la primera parte de este documento- estos alumnos o alumnas deben de participar plenamente dentro del grupo y deben formar parte, por lo tanto, de un equipo de base. Para ello, sin embargo, hace falta que dispongan del apoyo adecuado, tanto por parte de sus compañeros y compañeras de equipo, como –lógicamente- por parte del maestro o la maestra del grupo. En este caso, suele dar buenos resultados que en el equipo donde participe uno de estos alumnos o alumnas con más dificultades y un grado de autonomía más bajo, algún miembro del mismo –por turnos- ejerza el rol de “ayudante” y esté “pendiente” de su compañero o compañera más necesitado de ayuda. Esto forma parte de la organización interna de los equipos de base, y de ello hablaremos con más detalle más adelante, al desarrollar el Ámbito de Intervención C.